

Llanto centroamericano

De dos en dos,
de tres en tres,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil,
van los campesinos
a la guerra civil.

(Pablo Antonio Cuadra)

Dicen que las guerras pueden ser un mal necesario. Es posible. lo mismo se suele decir de la prostitución, y no faltan legislaciones que le otorguen este membrete contemporizador. Para mí, la guerra — toda guerra — no pasa de ser un mal. Así, a secas. Un mal que pueden imponer en un momento determinado, no las circunstancias, sino los hombres que crean esas circunstancias. Un mal que se ha de valorar con el patrón de la injusticia que origine o destruya, lo mismo si se encuentra cobijada la legalidad que si va en contra de ella.

El Salvador y Honduras se encuentran en guerra. ¿Hablabamos de guerra internacional? Se me hace muy cuesta arriba, muy contra la realidad del hombre centroamericano. He vivido mucho tiempo en El Salvador, tierra que considero como mi segunda patria. Y existe menos diferencia entre un salvadoreño y un hondureño que la que pueda existir entre un castellano y un gallego o un andaluz. El hombre del pueblo, el campesino sencillo, el «indito» centroamericano es un hombre afable, acogedor, laborioso, de una insospechada sensibilidad. Un hombre sobre cuyas espaldas pesan varios siglos de esclavitud y de explotación, con un horizonte vital que difícilmente traspasa los treinta o treinta y cinco años. Donde nosotros ponemos el «Dios mediante», que no pasa de ser una fórmula hecha, él dice «primero Dios», y puedo asegurar que vive a carta cabal esta primacía.

Guerra civil entre El Salvador y Honduras. Sí, guerra civil entre países hermanos, entre hombres a los que une una misma tierra, una misma cultura, una misma tradición. Reviso los lugares por donde hoy atraviesan los tanques y dis-

paran los morteros: una bellissima zona entre montañas, que escala la vegetación tropical y coronan los pinares. Una zona de hondos silencios, con brisas de lejanos cafetales y caminos multicolores.

Los políticos exacerban sentimientos. Los militares colocan sus peones. Y el pobre campesino, bajo su uniforme de guerra, se ve obligado a aplastar el ranchito que edificó ayer, el maíz con que amasaba su tortilla, y hasta matar a su «compadre», que de la noche a la mañana se ha convertido en el «enemigo».

* * *

¡Pobre Centroamérica! Hoy, enzarzada en guerra civil, ocupas los primeros titulares de todos los periódicos. Mañana, cuando amaine la guerra abierta y prosiga la otra guerra, mucho más cruel e implacable, la del hombre explotado por el hombre, la de las presiones económicas y las dictaduras oligárquicas, la guerra de cada día, el mundo te volverá de nuevo la espalda. ¿A quién le interesan los miles de niños que cada día mueren de hambre — ¡DE HAMBRE! — en tu suelo? ¿A quién se le ocurre pensar que quien ha cortado el café que nos envías no tiene ni luz ni agua corriente en su choza? ¿A quién...? Pero no, no sigamos. Tienes mala prensa. Hablar de la sociedad de consumo, de la explotación capitalista, de todas esas «cosas», es un tema ya manido en nuestras latitudes. Ahora nos interesas, porque constituyes una anécdota amena («la guerra del fútbol»). Lo otro, lo que hay entre bastidores, guárdatelo para ti misma. Porque, a lo mejor, resulta que también nosotros estamos implicados en tus problemas. Y eso ya sería demasiado.

IGNACIO MARTIN-BARO